



SER CON OTROS Y OTRAS: UN DON QUE GENERA SENTIDO

Blanca Morera*

La labor educativa es, en realidad, una enorme aventura, una búsqueda de caminos, de sendas por donde los seres humanos se acerquen a la esencia de las cosas, de los seres, de la vida, en definitiva. Es un enorme proceso, sin principio ni fin, en el que el ser humano, que parte en la infancia de una dependencia casi absoluta de otros, puede (¿debe?) llegar a ser un ser humano “maduro”, capaz de definir su libertad y de ejercerla para seguir creciendo.

El campo donde trabaja el educador es asombroso: frente al determinismo biológico y social, hay que reivindicar una esencia del ser humano caracterizada por la multiplicidad, la versatilidad, la plasticidad y la pluripotencialidad. En una sociedad donde el desarrollo del conocimiento se apoya en lo “objetivo”, el funcionamiento humano, las características íntimas de sus sentimientos, pensamientos, valores, etc., escapan una y otra vez a ese desarrollo, limitando nuestras certezas sobre la persona y su crecimiento, pero también confirmando nuestra esperanzas: con el ser humano todo es posible.

Esta individualidad hace que el proceso educativo deba afrontar una realidad irregular, múltiple, cambiante, pero enormemente enriquecedora.

El educador debe tomar conciencia de que la suya es una profesión desde el punto de vista más clásico del término. “Profesión” deriva de “profesar” e implica el sentido vocacional, altruista, de entrega generosa, intrínseco a determinadas actividades. La grandeza y la enorme responsabilidad de las profesiones, radica en que reconocen que la sociedad da “permiso” a determinados sujetos, los profesionales, para jugar un papel de cierto protagonismo en la vida de los demás. En la tradición de algunas profesiones: jueces, médicos, sacerdotes... éstos accedían a aspectos íntimos y personales o ejercían poder sobre la vida de otros, únicamente en base a una preparación específica y restringida y a una moralidad reconocida y exigente.

Hoy en día, los educadores se ubican, con pleno derecho y junto a otros, en esta categoría de profesionales. La oportunidad de formar parte en la construcción vital de otro sujeto, que permite al educador proyectar su propia vida a través de la proyección de muchas otras, conlleva el precio del sacrificio (entendido como entrega, con una compensación siempre asimétrica) y de la obligación de la excelencia en el ejercicio profesional (que implica una cuidadosa y continuada preparación teórica, práctica y moral).

La exigencia de una profesión es siempre enorme, como enorme es la gratificación que puede y debe suponer la posibilidad de participar en tantas vidas y de influir en ellas, con la responsabilidad que ello conlleva.

Uno de los elementos que ayuda a afrontar este reto de la educación, es clarificar bien los fines y los medios de la labor educativa. Aunque no vamos a entrar con profundidad en ello, creo que es importante subrayar que la educación debe ayudar a los seres humanos a entender la preeminencia del “ser” sobre el “tener” y

* Médico psiquiatra y docente en bioética. San Sebastián (España)

que, necesariamente, debe incorporar hechos y valores de forma conjunta, superando una tecnologización salvaje y una búsqueda de objetividad que ignora la importancia, y la realidad, de los valores subjetivos. Incluso aunque adoptáramos una perspectiva desprovista de fe, desde una visión humanista, los valores no sólo son imprescindibles, sino un ingrediente inseparable de cualquier otra forma de conocimiento. Habrá que cuidar que esos valores promuevan la dignidad humana y sean respetuosos con principios irrenunciables como la equidad desde el mutuo respeto y la solidaridad.

El desarrollo de la labor docente tiene que afrontar en el siglo XXI muchas dificultades: asistimos a cambios en la estructura familiar; el sentido de trascendencia, el papel de la fe y de las creencias, en general parece menor; nuestros jóvenes parecen muchas veces desorientados y la interacción con los grupos en las aulas desborda muchas veces la capacidad de los docentes y de los centros...

Esta realidad puede inducirnos a pensar, como parece ocurrir cuando se cumplen años, que cualquier tiempo pasado fue mejor y que ya no es posible ejercer la docencia sino que sólo cabe sobrevivir en una especie de selva, de realidad desestructurada. Algunos docentes nos hablan de la ausencia de los padres, de los problemas para establecer límites y para lograr una mínima disciplina, de la inmediatez en la que viven nuestros niños y adolescentes, de la escasa capacidad de frustración o de las conductas disfuncionales en los centros. Las escuelas, en sentido genérico, viven situaciones de violencia, de discriminación, son escenarios de fracasos y de sufrimiento.

Pero no podemos poner el acento en la “botella medio vacía”: los centros educativos son el lugar donde se descubre desde la inmensidad del universo a la realidad concreta de un amigo, donde se juega con otros, se aprende a ser equipo, donde se ríe y donde muchos se enamoran por primera vez, donde se descubre la admiración por otras personas distintas a los padres, y donde se revelan nuevos saberes y nuevas perspectivas que permiten crecer. Esta es la botella “medio llena” que sólo va encontrando contenido en el contacto y encuentro con otros. Y no olvidemos que los niños pasan en la escuela y en otros espacios educativos una buena parte del tiempo que viven despiertos.

En una situación como ésta sólo cabe un mensaje: necesitamos educadores y educadoras que asuman esta realidad, se preparen para ella y puedan afrontarla con habilidades y actitudes adecuadas.

Algunos elementos parecen imprescindibles para llevar a cabo la tarea educativa: por una parte, el currículo del docente debe incorporar cada vez más elementos de la sociología y de la psicología, junto con los conocimientos específicos; por otra parte parece una exigencia cada vez mayor el que el docente pueda realizar un proceso introspectivo que le permita identificar sus motivaciones y sus temores, analizar de forma críticamente constructiva sus mecanismos de afrontamiento, su propia evolución como docente y como ser humano en relación con otros, que posibilite tomar conciencia de las propias dificultades y establecer estrategias de afrontamiento y superación. Uno de los elementos que puede condicionar que la educadora o educador “pierda el norte” es que deje de vivir vocacionalmente su labor, que ésta deje de tener sentido y que, por tanto, deje de ser motivo de alegría, de disfrute, de proyección personal. El conflicto surge cuando la realidad no responde a nuestras expectativas y esperanzas; tenemos que ser capaces de revisarlas y ajustarlas.

Como nuestros niños y adolescentes, también los educadores debemos superar la aspiración de resultados inmediatos, de ver el efecto de nuestra labor. Cuando consideramos el ser humano como “persona” en sentido lato, no podemos verlo sino dentro de su proyecto, de su proyección hacia adelante, de lo que puede llegar a ser, de la persona como fin en sí misma pero lanzada hacia el futuro, sin límites, sin edad de cierre, hasta el último momento. Esto nos permite adquirir dos certezas: el cambio es posible hasta el último aliento y cada paso forma parte del camino. El educador aporta, para bien o para mal, se perciba o no. Lo que hace, lo que dice, lo que no hace o no dice, se integra, muchas veces inconscientemente, como muchas de nuestras vivencias, en la experiencia vital de otro. Puede que en un momento no veamos para qué sirve, pero no hay duda que sumará en el resultado que se vaya produciendo.

Y algo que considero importante, incluso aunque aquellos a quienes educamos, con quienes trabajamos, no pudieran beneficiarse de nuestra influencia, siempre podrán recibir nuestro amor, nuestro interés casi desinteresado, nuestra compasión o nuestra disponibilidad. Este es un bagaje inestimable que también ayuda a madurar.

A cambio de lo que aportamos de nosotros, quienes trabajamos con otros recibimos el regalo de ser con los demás, de recibir a través de lo que damos y en muy diversas formas. Si acecha el cansancio conviene tomar aire, distancia, compartir los conflictos y recuperar fuerzas, sin culpas; revisar lo hecho, valorarlo y releer lo que hemos aprendido, dejarnos crecer también nosotros. La vocación en tareas que implican a los demás es un regalo, a veces con aristas, pero que genera sentido. Lo tiene todo cuanto hacemos con otros seres humanos.

Agosto 2005